

comprenden lo que yo digo. Es poco decir que lo quise. Mi amistad hacia él fué amarga y reconcentrada. Tal vez él no lo supo, pero hay en algunas de sus cartas expresiones fugitivas que me revelan que lo entrevió.

Eso me consuela. Hace tiempo que no lo veía. De vez en cuando preguntaba a algunos amigos comunes qué era de su vida. No vine a saber el fin desolador que tuvo sino cuando una noticia de los diarios la comunicó al mismo tiempo a los que lo querían y a los que no habrían hecho, de saber que existía, otra cosa que despreciarlo. No me consuelo de haberlo dejado partir sin apretar su mano una última vez. Me duele sobre todo saber que yo vivía aquí muellemente cuando él sufría fuera de su patria. Pobre y buen muchacho. Ya no existe.

He dicho que su obra rezuma amargura. Los que quieren una poesía superficial y lamida como un parque inglés no leerán sus versos porque son ásperos y lamentosos. Yo mismo estoy prefiriendo hoy otra manera de cantar. Pero ¿cómo alejar de mi espíritu el sabor penetrante de sus versos? Ví nacer muchos de ellos. Los oí balbuceados apenas por su voz joven. Los quiero como a hijos.

Pasó por la vida sin saber que desperdiciaba un tesoro divino. Fué poeta porque sí, porque el impulso de cantar era en él imperativo. Sabía que le faltaba cultivo, pero su obra desordenada, impensada, si no es exquisita es impresionante. Quien tome en sus manos *La Torre*, su mejor libro, y sepa que fué escrito en la semi-oscuridad de una celda, sentirá que el corazón se le encoge. Cifuentes Sepúlveda era poeta, y allí lo probó. Su nombre no debe morir.—R. SILVA CASTRO.

<https://doi.org/10.29393/At53-13ANHJ10013>

Algunos nombres de la literatura alemana



SEAME permitido realizar lo que el título precisa: echa una mirada sobre la literatura alemana contemporánea y sobre todo conseguir que otros hagan lo mismo que yo. No se puede tratar, en el marco de un artículo de revista, de dar un cuadro completo o casi completo de las diversas corrientes de la literatura alemana contemporánea ni hacer su crítica o una crítica comparada. Es verdad que los franceses hace tiempo han olvidado seguir de cerca el desens volvimiento de las manifestaciones de un es-

píritu que les parece complementario. Se conocía mucho mejor en Alemania la literatura francesa que en Francia la alemana. En Francia se había detenido en E. T. A. Hoffmann y en algunos románticos, y los «jóvenes» eran tierra desconocida hasta para los más interesados. Félix Bertaux ha escrito una excelente *Littérature Allemande* en la serie «Panoramas des Littératures Contemporaines», publicado por Kra en 1928. Allí se encontrará un cuadro completo y dibujado en trazos firmes. Puede uno allí no sólo orientarse: puede escoger después de haber leído este bello libro.

Me permitiré sólo dar informaciones, hablar de algunas obras que me parecen merecer la atención de un público europeo. No quiero hablar de escuelas, capillas, corrientes; hablaré sólo de escritores y de sus obras.

En poesía, será necesario siempre comenzar con los nombres de Stefan George y Rainer María Rilke. Stefan George que acaba de cumplir sesenta años y que jamás ha sido popular o «conocido», anuncia después de catorce años de silencio un nuevo libro de versos. Era el núcleo de un grupo que quería «formar» el ideal del individuo. La palabra «aristocrática» se impone, si se habla de la poesía de George. Nunca ha permitido al tiempo tocar su obra. Viviente, la ha transformado en un mito. Ha recreado una lengua que está inspirada en nuevas concepciones de poesía plástica y musical. Rilke, que ha vivido en París, que ha conquistado gran celebridad cerca de la «élite» francesa y que hasta ha publicado, en los últimos años de su vida, versos en francés, era la encarnación misma de la fragilidad. Escuchaba voces que él sólo parecía oír. Estaba ajeno a toda preocupación material, como un poeta que se acercara al santo, pobre y puro.

Sería preciso después de estos dos nombres continuar con los de otros que se conocen; repetir una simple enumeración o agregar una nueva crítica a tantas otras. No citaré sino a Gottfried Benn, que me parece muy poco conocido, a Max Herrmann-Neisse y a Bert Brecht.

Gottfried Benn es médico, y los primeros versos que publicó antes de la guerra han aparecido en las revistas de avanzada *Die Aktion* y *Der Sturm*. Sin embargo se leen de vez en vez versos viejos en *Querschnitt*. Es sin duda uno de los líricos más notables. Sus primeros poemas eran lúgubres, de un naturalismo científico y de acentuado escepticismo. La Morgue era uno de sus temas preferidos. Ha cambiado: sus ideas conducen al mundo. Su escepticismo se ha acrecentado, es cierto, pero lo que encanta es el lenguaje que ha creado. Una dulzura extre-

ma para el tema más áspero, una claridad de expresión que se corresponde con la claridad de su manera de ver, que es impiadosa. Benn es sin duda uno de los más grandes líricos alemanes.

Max Herrmann-Neisse ha publicado su último libro de versos hace un año. Notemos que la Alemania de hoy ve disminuir el número de los libros de poetas. Es hartamente natural: se debe a las mismas razones que el desarrollo del cine, de las revistas ilustradas, de la novela de aventuras, a la preferencia que se da a las obras «dinámicas». Herrmann es el *poeta* (1). Canta todos los viejos temas que han cantado todos los poetas. Pero es de una verdad cruda, que podría espantar si no estuviese sofrenada por una melancolía irónica. Se diría que el poeta que compone sus poemas se mira a sí mismo por encima del hombro. La ironía romántica de un desesperado, el dolor de un sabio y la dura e impiadosa lógica de lo que nos complace-mos en llamar la vida, he aquí la poesía de Herrmann-Neisse.

Bert Brecht ha escrito algunos dramas que han suscitado vivas discusiones. Me permitiré no hablar aquí sino de sus poemas. Brecht ha sido encantado por la aventura. Entre todos los poetas de Europa es por cierto el que ha sido más influido por Rimbaud, que, entretanto, tiene detrás de él casi toda la juventud literaria del viejo continente. Brecht en su *Hanspostille* (Ediciones Ullstein) ofrece sobre todo baladas, romances y moralidades. La lengua, el lirismo son nuevos. Sin embargo, Brecht se complace a veces—en teatro sobre todo—en mostrar un exotismo que me parece falso. Atraído por todo lo que es lejano, lleno de aventuras, cree que basta pronunciar nombres exóticos para crear el misterio de tierras desconocidas. ¡Cómo se aleja entonces de Rimbaud, de su visión, de su genio «simplemente»! Pero entre estas «enfermedades del siglo XX» hay en Brecht poemas que festejan una nube que pasa, un color, un sentimiento, poemas que son admirables. Y no se sabe de qué admirarse más: si de esas páginas perfectas o de la extraña alma de un hombre que puede escribir obras maestras junto a naderías.

Cuanto a la novela, los nombres de Heinrich Mann y de su hermano Thomas o de Jacob Wassermann son bastante conocidos para que nos detengamos en ellos en este breve esbozo. Se podría citar, más por curiosidad, el nombre del hijo de Thomas Mann: Klaus Mann que ha comenzado con cuentos, obras teatrales y una novela. Sería un buen ejemplo del camino doloroso que la juventud europea ha debido recorrer después de la

(1) En español en el original.

gran catástrofe. Klaus Mann tiene harto talento. Vuelve de América. Ha visto una parte del mundo. No va a desperdiciar sus dotes, y se puede poner en él una esperanza tanto más justificada cuanto que los trabajos que ya ha publicado son dignos de atención, a pesar de sus defectos evidentes. Como él, un gran número de jóvenes han tratado de crear algo que fuese como «el movimiento del tiempo».

Les falta reflexión, no tienen el sentido de la responsabilidad, y toman su tarea muy a la ligera. Son los tipos vivos de una «inflación del espíritu» que no ha perdonado ningún dominio intelectual, donde quiera que estuviere. Se podría calificar todo esto de americanismo mal entendido.

Alfred Döblin, cuyas novelas *Die drei Sprünge des Wang-lim* y *Wallenstein* son obras maestras, se ha confirmado desde sus primeros trabajos como filósofo y pensador. *Neere, Berge Giganten* y una epopeya señalan el desarrollo de este poeta que en su profesión de médico no ha olvidado nunca que es ésta una profesión «cerca de Dios».

Arnold Zweig no es de los más jóvenes: había obtenido en 1914 un éxito de los más resonantes con sus *Cuentos en torno a Claudia*. Con una franqueza y una delicadeza desconocidas hasta entonces había hablado de los problemas del amor, de los conflictos eternos entre el hombre y la mujer. Escribió ensayos filosóficos de gran alcance sobre el anti-semitismo. Por largo tiempo el novelista en él ha callado. Después ha publicado el año último un libro: *La disputa sobre el sargento Grischa* (Ediciones Kipenhener), libro de guerra que tuvo un éxito extraordinario. Se trata de un prisionero evadido, de un ruso cuya evasión fracasa. Dos generales se disputan su cabeza, dos príncipes se levantan uno contra otro. Pero lo esencial no es esta historia, por lo demás de las más vivas. Lo que importa es la muchedumbre de reflexiones y de verdades realmente humanas que el autor nos presenta bajo una forma personal. Comprobemos de paso que cada escritor alemán debe crearse un estilo, por insignificante que sea; en Francia hay un estilo que data de Voltaire, lo que no impide que cada escritor tenga un estilo «de él». Este libro tiene por tema igualmente la guerra. Diez años después de la catástrofe este tema podría parecer despojado de interés. Al contrario, la impresión causada por esta descripción «póstuma» es muy profunda.

Zweig ha vuelto a tomar uno de los personajes de esta obra, Pont, para un nuevo libro: *Pont y Ana*. Historia de amor, sin duda, pero sobre todo historia del hombre después de la guerra, que vuelve a hallar su personalidad, sus recuerdos a través de

una nueva vida. Sería bien interesante seguir en Alemania—o, comparando ambas literaturas, en Francia y en Alemania—esta evolución del hombre después de la guerra. Este estudio convendría a la clarividencia de un Edmond Jaloux. Zweig, muy sutil, se sobrepasa en cada obra. A él deberemos sin duda un día novelas en que verdaderamente viva la imagen de nuestra época.

Se puede fácilmente reunir los nombres de Bruno Frank y de Wilhelm Speyer. Frank acaba de interesar también al público francés con su *Nueva Política*, que se prestaría por lo demás a una discusión bastante viva. Ha escrito unas divertidas comedias, y se le deben buenas traducciones y adaptaciones de piezas francesas. Las novelas relacionadas con Federico el Grande han sido muy celebradas. Ha sentido agudamente la exigencia de este tiempo que tiende a «desheroizar» los héroes. Los hombres de hoy son de tal modo materiales que comienzan a interesarse en la historia del corazón humano, de las pasiones; pueda ser que a esa tendencia debamos la «resurrección» de Balzac y su descubrimiento por Alemania. Frank ha escrito una novela histórica muy documentada, *Trenc*, biografía novelada, si se quiere, del aventurero, guerrero y amante.

Speyer escribía, al comienzo de su carrera, novelas muy convencionales. Ha encontrado de entonces acá una originalidad bien particular: ha erigido más de un carácter de mujer, síntesis de este tiempo. Pero aquélla de sus obras que, según mi opinión, merecería ser la más conocida en el extranjero, es *Melancolía de las Estaciones: Schwermut der Jahreszeiten* (Ediciones Rowohlt). Speyer acaba de publicar el mejor, me parece, de los libros que se ocupan de la juventud: *Kampf der Tertia*. Su psicología ha encontrado en fin temas menos superficiales.

¿Cómo no recordar el nombre de Leonhardt Frank? El, que durante la guerra publicó ese valiente libro *El hombre es bueno*, se ha callado hace tiempo. Está más al margen de la vida que los demás. Sus obras testimonian un sentido profundo de la responsabilidad social. Será siempre revolucionario porque cada palabra que escribe es, por su propia verdad, una crítica de la sociedad actual. Una profunda tristeza se desprende de *Karl und Anna*, relato doloroso de un amor que la guerra destruye.

Sé bien que no he hecho más que citar sin orden a hombres que me parecen no haber atraído aún la atención que merecen. Por esto nombraré a Kurt Tucholsky. Escribe bajo cinco seudónimos, separando así sus diversas personalidades, de las cuales cada una presenta un interés particular. Estrechamente li-

gado al fundador y director de la revista *Die Weltbühne*, del recordado crítico Siegfried Jacobsohn, ha sucedido a éste en la dirección de esta revista que es de un pacifismo absoluto y sin condición. Tucholsky, que vive en París, tiene un talento tan complejo, que se comprende muy bien que haya debido dividirse para conocerse mejor. Escribe folletines brillantes para un diario de Berlín, críticas para las revistas; ha publicado un libro encantador con el tema de un viaje por los Pirineos y una recopilación de sus pequeños artículos. Había comenzado con una deliciosa historia de amor, *Rheinsberg*, en que cada frase ha llegado a ser célebre para cualquiera que ama. Sin embargo es preciso no olvidar al político que existe en esta personalidad singular ni siquiera al cancionista político que ha escrito las mejores canciones para todas las «vedettes». Tucholsky tiene una manera que es bien suya: natural, brillante, un estilo vivo, trabajado, pulido, siempre de una rara calidad. Su humor es seco, las palabras y los juegos de palabras navegan, sobre todo cuando se trata de atacar a las personas de buena posición. Cada frase es aguda y tiene desde luego la valentía de sus opiniones, lo que no siempre es fácil. Tucholsky, que trabaja y no cesa de trabajar, no ha obtenido aún el éxito y el reconocimiento al cual me parece tener todos los derechos, sobre todo en Francia, país donde vive y que no se cansa de explicar a sus compatriotas.

Se pensará seguramente que el desarrollo de un pueblo se muestra con más presteza aún en el desenvolvimiento de su arte dramático. Es justo. La historia de la literatura que ha poblado la escena alemana daría en efecto una imagen muy precisa de la evolución experimentada por el espíritu de Alemania en estos diez últimos años.

El «expresionismo», que tanto ha apasionado al público y a los críticos, está muerto. Hay en él «jóvenes», pero parece que la época exige la comedia ligera. La influencia de la danza, del jazz y del cine ha modificado el teatro moderno. La expresión de las formas de la vida ha cambiado con ésta, y parece que estamos aún demasiado cerca de esta transformación de la vida para haber encontrado su forma simbólica. Pero para Alemania hay que citar sobre todo un nombre, el de Georg Kaiser. No se puede sino resumir su vuelo. Se le representa por primera vez cuando tiene cuarenta años. Saca una treintena de piezas de su escritorio; cada una es nueva, presentada en una lengua perentoria que guarda sin embargo el aspecto de la sintaxis habitual. Todos estos dramas parecen nacer de las circunstancias que Alemania atraviesa. *Gas* es la tragedia de los obreros

que se oscurecen por el progreso implacable de la técnica. Pero después de este período, Kaiser encuentra una fuerza poética que retrocede ante los problemas efímeros: vuelve al dominio de lo divino, de lo eterno. Acaba de hacer representar en Alemania una pieza, *Día de Octubre*, que ha obtenido un éxito inmenso. Notemos aún que Kaiser se había estrenado con una magnífica, *Los burgueses de Calais*.

No son éstas sino indicaciones, ni siquiera notas para una historia literaria. No he querido más que llamar la atención sobre obras que merecen ser conocidas, mas aún ser traducidas y sobre todo ser leídas.—HANS JACOB.

Traducido especialmente para *Atenea*.

“Un vagabundo toca con sordina”, de Knut Hamsun



ACIA falta una traducción al castellano de *Un vagabundo toca con sordina*, y no se explica cómo es que habiéndose traducido hasta los cuentos de Knut Hamsun, esta novela hubiera quedado elegada. Dada la manera personalísima de realizar de Knut Hamsun, cada obra suya es un capítulo de un conjunto vital, de modo que la falta de conocimiento de cualquiera de sus obras hace que se resienta la impresión de múltiple existencia que vive, recoge y hace vivir ese personaje único que es el alma de toda su obra.

Personaje de una potencia anímica que desborda de sí mismo, le sobran fuerzas para realizarse, como lo hace, en todo lo que encuentra a su paso. Es la vida misma realizándose en todo. Como la vida también, es un inquietador. Allí donde todo parece muerto, él revuelve, agita y despierta la vida.

Vive con un impulso que a veces no puede domeñar, y donde encuentra obstáculos demasiado tenaces, no llega tampoco en vano, siempre tendrá algo que hacer. Así le falten medios económicos, así tenga que luchar con el hambre o, en otras circunstancias, tenga que apelar a recursos desesperados que a él mismo le parecerán falsos por lo débiles. Toda pobreza material y toda depresión física y espiritual podrá sobrellevar, pero nunca llegará a la sumisa dobleguez ante lo humano. Es un hijo de sí mismo, y no hay tesoro y no hay nobleza de más legítimo orgullo.